

fatigaba y la depravaba, los instintos de pérdida que había despertado en ella. Algunas mañanas quedaba destrozada, con la cabeza vacía, deplorando no ser como la condesa de la novela a la que los besos de Norberto no quebrantaban.

—¡Los fraudes!—exclamó Santerre, que contestaba atrevidamente a Valentina;—me hacen gracia con sus invectivas contra los fraudes! Un médico de aldea tuvo la desdichada idea de combatir y anatemizar todos los fraudes, explicándolos. ¿Y sabéis lo que sucedió? Que los enseñó a los labriegos que no los conocían, y desde entonces ha disminuído en una mitad la natalidad de la comarca.

Celeste escuchaba inmóvil; los niños oían sin comprender. Y entre carcajadas partieron los Seguin a remolque de Santerre. Únicamente en el vestíbulo obtuvo Mateo lo que deseaba; la reparación del techo entero, pues que se mojaban dentro de la casa.

El landó esperaba en la puerta. Cuando el matrimonio y el amigo se hubieron acomodado en él, Mateo, que se iba a pie tuvo la idea de mirar hacia arriba. En una ventana vió a Celeste instalada entre los dos niños, sin duda para estar cierta de que los amos se iban al cabo. Recordó la salida de Reina en casa de los Morange. Pero, ahora, Lucía y Gastón permanecían inmóviles, con gravedad impropia de sus años y ni Seguin ni Valentina pensaron en levantar la cabeza.

#### IV

Cuando a las siete y media Mateo entró en el restaurant de la plaza de la Magdalena donde Beau-

chéne le había dado cita, encontró ya a éste y a Firon-Badimier, su cliente, que saboreaban un vaso de Madera. La comida fué de una fastuosa abundancia y compuesta de platos escogidos. Pero lo que admiró más que nada al joven no fué tanto el formidable apetito de los comensales, que comían como Gargantúas, sino la habilidad y destreza del patrón que, a pesar de comer sin perder bocado, no descuidaba su negocio. Tanto fué así, que, antes de servir el champagne, el cliente había ya encargado, no solamente la trilladora, sino una segadora. Debía tomar a las nueve y treinta el tren para Evreux, así es que, cuando dieron las nueve, Beauchéne procuró y consiguió embaularlo en un coche de punto para evitarse el corto trecho que hay hasta la estación de San Lázaro.

Luego, al quedar solo con Mateo en la calle, Beauchéne se quitó el sombrero, dejando que refrescara su cabeza el aire de aquella deliciosa noche de mayo.

—¡Uf!—exclamó,—ya estamos listos. ¡No ha costado poco decidir a ese imbécil! Ha sido precisa la influencia del Pomard. Y después, durante un momento, he temido que no marchara y me hiciera faltar a una cita.

Estas palabras que le escaparon sin darse cuenta de ello, le decidieron a espontanearse. Encendió otro cigarro, se puso el sombrero y tomando el brazo del joven, andando despacio a través de la multitud compacta y de las luces del boulevard:

—Tenemos tiempo. No me aguardan hasta las nueve y es a dos pasos. ¿Quiere usted un cigarro?

—No fumo jamás.

—Es verdad. Pues bien,—continuó,—no quiero andar con tapujos ya que me ha pillado usted esta mañana. Convengo en que es tonto y estúpido lo que hago, pues no es prudente ni decente que un

patrón se acueste con una obrera. Estas cosas acaban siempre mal; es el sistema de arruinar una casa. Hasta ahora le juro a usted que jamás me había dejado engatusar. Pero ¡qué demonio! esa chica parece que me ha echado un sortilegio con sus brazos desnudos y su modo de reir.

Era la primera vez que hacía confidencias de tal especie a Mateo, pues era casto en palabras como esos borrachos que jamás hablan del vino aunque lo ingieren de continuo. Desde que el joven se había casado con Mariana y se convirtió así en primo suyo por alianza, sabía que llevaba una vida tan morigerada, que no le juzgaba a propósito para confidente de casos por el estilo.

Pero esta vez el vino había producido su efecto y sentía necesidad de explicarse, de otro que supiera su buena suerte con las mujeres, hablaba a Mateo al oído con la palabra un tanto tartajosa.

—Ha ocurrido eso sin saber cómo. Hacía ya tiempo que me miraba y procuraba arrimármeme. Yo pensaba: «No seas tonta, muchacha; no sacarás nada en limpio. Cuando me hace falta una mujer la pilla en la calle, donde las hay para todos los gustos.» Pero no he podido evitarlo y esta mañana me ha dado el golpe de gracia, ya que dentro de poco estará en un pisito que tengo alquilado. Es una tontería, pero no lo puedo remediar. Al fin y al cabo, no es uno de piedra... Y cuando se me antoja una mujer no puedo dominarme. Las rubias no me gustan; pero esa debe ser una gran mujer en la cama. ¿No lo creéis así? Debe ser la gran hembra.

Luego, como si olvidara alguna cosa muy importante:

—¡Ah! conste que no seré el primero. La muchacha es instruída. A los deiciséis años se enteró ya con el dependiente del tabernero que al-

quila a los Moineaud las tres habitaciones en que viven... No me gustan las vírgenes y, además, eso es muy grave.

Mateo, que le escuchaba de mala gana, dijo:

—¿Y qué va a decir su esposa de usted?

Beauchéne, sorprendido, se paró un momento.

—¿Cómo? ¿Piensa usted que mi mujer va a enterarse? No. Mi mujer está en casa, acostada, aguardándome, después de haberme asegurado que nada falta a Mauricio... Mi mujer es muy honrada, amigo mío, y no hay más que decir.

Y andando de nuevo, y más y más dispuesto a las confidencias por el influjo de los vinos y de las viandas, añadió:

—¡Vaya! ¡No somos niños ya, sino hombres y muy hombres! ¡La vida es la vida!... ¡Mi mujer! La respeto como a nadie en el mundo. Cuando me casé con ella porque necesitaba el dinero de su dote, le confieso a usted que no la amaba, carnalmente por lo menos. Sin que eso sea queriendo ofenderla, se me antojaba demasiado flaca para mi gusto. También debe usted comprender que uno no trata de convertir a su esposa en una nueva querida... Tengo para Constancia el respeto profundo que se merece, el que debe sentir un padre de familia por el hogar donde crecen sus hijos. Procuro que ese hogar se mantenga honrado. Si no puedo presentarme como un marido fiel, no soy yo por lo menos uno de esos que pervierten a sus esposas. Como no es natural que exija de mi mujer ciertas cosas, voy a otra parte a satisfacer mis apetitos, pues le juro a usted que no puedo dominarlos y que, si me empeñara en hacer vida de anacoreta, acabaría por enfermar. No me ávengo con los ayunos prolongados.

Se reía de sus propias palabras, creyendo que no

podía explicar de un modo más delicado lo que ocurría en su hogar.

—¿Y qué le parece de tal teoría a mi prima? ¿La aprueba y deja que vaya usted con otras mujeres?

Estas preguntas redoblaron la hilaridad de Beauchéne.

—¡No, no! no es eso lo que quiero decir. Constancia, por el contrario, se mostraba muy celosa al principio y tenía que inventar cada historia para largarme de su lado... La verdad es que yo en aquella época estaba en celo y que la pobre mujer no era muy agradable. Parecía un hueso entre dos sábanas. Lo digo sin denigrarla. Después parece que la pobre reflexionó y que hizo la vista gorda. Un día casi me sorprendió con una de sus conocidas y tuvo la prudencia de no hacer alusión alguna al hecho. Y eso que cuando se trata de conocidas le duele más. Pero tratándose de encuentros callejeros, poco debe importarle. ¿Qué quiere usted que le importe lo de esa chica que me aguarda?... No la amo; no puede ser eso sino un capricho pasajero... Además, debo decir a usted que Constancia es verdaderamente cargante. Con su manía de no tener más hijos que Mauricio, toma tales precauciones que resulta inaguantable. Es capaz de asquear a cualquiera.

Hablando, hablando, mascaba el cigarro que tenía entre dientes e iba entusiasmándose, por la índole del asunto que trataba. Poco a poco entró de lleno en los detalles más íntimos, explicando cuanto ocurría en su alcoba. Afirmó que no era un perverso ni un libertino; pero que sentía un apetito continuo que no podía saciar nunca y que aguzaban más y más los goces incompletos, las compensaciones insuficientes.

Constancia, que comprendía su impetuosidad y

sus deberes de esposa, procuraba contentarle, darle la mayor suma de placer que podía; pero no acertaba nunca. Siempre se apartaba Beauchéne de sus brazos sin estar satisfecho por completo. Ella, por su parte, había sufrido siempre a causa de su violencia, de su encarnizamiento sin fin. Por medio de los fraudes conyugales evitábase un nuevo hijo; pero esos fraudes que se practican en tantas camas burguesas, la atropellaban, la dejaban rendida.

—En fin, todo eso será muy bueno, muy sano y muy honrado; pero un hombre de treinta y dos años se cansa muy pronto del puchero conyugal si tiene sangre en las venas. Yo me contentaría con él, sin embargo, pero si fuese succulento, si pudiera darme un buen hartazgo... El otro día...

Y continuó el relato al oído de su primo, riendo y soplando como una foca, burlándose de que su mujer pudiera creer que se contentaba tan fácilmente.

—No, es imposible que me satisfaga. Y me alegro mucho que empiece a hacer la vista gorda, comprendiendo que hay necesidades inevitables. En suma: con tal que me arregle yo por esos mundos, fuera del techo conyugal y que no me cueste mucho dinero, me parece que no le cause ningún perjuicio. Un amigo mío tiene una mujer muy lista y distinguida que es la primera en decir: «Anda, anda, hijo mío, así cuando vuelvas estarás más tranquilo y amable.» ¿No es eso tener talento? Yo, en cuanto estoy satisfecho, vuelvo a casa más contento que unas sonajas, traigo un regalillo a Constancia y todo marcha perfectamente durante tres días. No hay quien pueda quejarse, y por otra parte, ese es el mejor sistema para no hacer un chiquillo cuando la esposa se empeña en no quererlo.

Y terminó estas palabras con una gran carcajada, satisfecho de su propia habilidad.

—Pero,—dijo Mateo,—me parece que el chiquillo puede usted hecerlo a esas muchachas que se procura, a no ser que también cometa usted los fraudes que tanto le disgustan con su esposa...

Beauchéne le miró absorto, pues no había previsto aquella objeción.

—¡Bah! Claro es, un hombre listo toma siempre alguna precaución... Pero esas chicas no paren jamás; es harto sabido... Además, se las paga, y son ellas las que deben cuidar de que no les ocurra tal cosa... ¿Cómo quiere usted saber si quedan preñadas cuando la mayor parte de las veces no se las vuelve a ver? Y aun cuando las viera embarazadas ¿pueden ellas mismas decir quién las puso en tal estado? ¡Con esas chicas no hay que temer que nazca un hijo, créalo usted!

Completamente tranquilo, sin remorderle en lo más mínimo la conciencia, pensó en el buen rato que iba a pasar y se detuvo en la esquina de la calle Caumartin. En aquella calle, en el fondo de un patio, tenía alquilado un cuarto que cuidaba de arreglar la portera. Creyendo que no era preciso adoptar misteriosas precauciones tratándose de una obrera, había citado a ésta en la acera, enfrente de la casa. Mateo reconoció a Norina que estaba inmóvil en la acera, bajo un farol. Llevaba un traje claro y sus rubios cabellos escapándose por debajo de un sombrero redondo, tenían reflejos rojizos. Muy excitado Beauchéne dió un fuerte apretón de mano a su primo.

—¡Vaya, hasta mañana, amigo! ¡Buenas noches! Y añadió hablándole al oído:

—Es más lista que un mono. Ha dicho a sus padres que iba al teatro con una amiga, y así tiene tiempo hasta la una de la madrugada.

Mateo quedó solo. Las últimas palabras del patrón, que acababa de desaparecer con Norina evocaron la imagen de Moineaud, el obrero, con las manos rugosas por el trabajo, contemplando sin chistar la escena de la mañana, cuando Beauchéne reñía a Eufrasia en tanto que la rubia se sonreía maliciosamente. Cuando los hijos del pobre han crecido, carne de cañón o de burdel, el padre, embrutecido por la miseria, no se cuida de saber a dónde van a parar los pequeñuelos que cayeron del nido. Daban las nueve y media. Quedábale más de una hora a Mateo para ir a la estación del Norte. Así es que no se apresuró y siguió los boulevares curioseando aquí y allá. También, como Beauchéne, había comido y bebido con exceso. De cuando en cuando sentía bruscas llamaradas en el rostro, y las confidencias que le había hecho su primo zumbaban aún en sus oídos. El aire tibio convidaba al paseo por aquellas vías centelleantes de luz eléctrica, animadas por la muchedumbre que se codeaba en medio del ruido continuo de los coches y tranvías. Parecía aquello una corriente de vida inflamada que marchaba hacia la obscura noche, y Mateo se dejaba arrastrar por aquella masa humana de la que sentía el ardiente deseo. Entonces repasó en su imaginación sobrecitada los acontecimientos del día. Vió a los Beauchéne de acuerdo, como cómplices prudentes, en tanto que Mauricio, el hijo único, dormía sobre el sofá como un Jesús de cera, paliducho y fatigado. Después vió a Constancia acostándose después de arropar a Mauricio y velando solitaria en el lecho conyugal hasta las altas horas de la noche en que llegaría su marido. Entre tanto, el marido a quien se obligaba a la abstinencia, se atracaba de carne donde podía, corriendo el riesgo de hacer a otra mujer el hijo que no que-

ría la suya. Ya que ella, la esposa, no acertaba a complacerle por medio de sus fraudes, o a causa de ellos, lo mejor que podía hacer era acostarse mientras él lanzaba la semilla al azar, como las plantas dejan que la lleve el viento.

Era preciso que los talleres no corrieran el riesgo de escindirse. Mauricio debía ser quien heredara los millones a fin de que pudiera ser uno de los reyes de la Industria. Si cometían fraudes conjugales era únicamente en favor del negocio. Cuando el marido se enlodaba entre las faldas de una perdida, la esposa cerraba los ojos. De tal suerte la burguesía sucesora de la nobleza, restablecía la primogenitura, por ella abolida, obstinándose en no tener sino un hijo, contra la moral y la salud. Luego Mateo se distrajo de su pensamiento oyendo cómo voceaban los vendedores callejeros la lista de los bonos premiados en un sorteo que había hecho el Crédito Nacional. Y se le aparecieron bruscamente los Morange que soñaban con una fortuna desmesurada en cuanto el jefe de escritorio perteneciese a una de esas casas de la alta banca cuyos gerentes elevan a las más altas posiciones a sus empleados mejores. Vió de nuevo a ese matrimonio que, impulsado por la fiebre que sobrecoge a los ciudadanos de la democracia, donde existe la igualdad política al lado de la desigualdad moral, soñaba con subir un escalón más con un gran casamiento para su hija, para su Reina. El ajeno lujo inflamaba su envidia y se entrapaban para imitar de mala manera la elegancia de las clases superiores; echaban a perder hasta su honradez y su bondad naturales movidos de su orgullo demente. Les veía acostándose temprano, ahorrando hasta el gas, durante la semana, con tal de poder deslumbrar a la gente los domingos, les veía abrazándose en el lecho, dándose uno a

otro en un extremo de pasión, pero velando cuidadosamente para no tener un nuevo hijo, aunque aquel abrazo incompleto debiera quebrantarles sin satisfacerles. Y adivinaba que allí, como en el hogar del patrón, el hijo es temido y no nace para que la partición no se efectúe, pues su aparición sería una caída mortal en la ascensión que sueñan hacia la gran fortuna, tan deseada. Es preciso que los fraudes se cumplan, que se pueda gozar sin peligro en tanto que los años siguen su marcha no interrumpida, en tanto que llega la época que desean y que les ha de tranquilizar por completo.

Y en el extremo opuesto de la casa, veía a Reina, desvelada también, a la que la baronesa de Lowicz había llevado al Circo, soñando despierta, excitada, en la hermosa señora que la besaba, en el marido rico que le prometían sus padres, si no le daban un hermano o una hermanita. Un grupo cerró el paso a Mateo y advirtió que se hallaba ante un teatro en que se daba un estreno. Era un teatro donde la licencia reinaba como soberana. En los carteles aparecía su «estrella», una muchacha roja y flaca que parecía simbolizar la Virgen desnuda y sin curvas del erotismo estéril, algo así como un gran lirio perverso y canallesco que excitaba la admiración de los transeúntes. Oyó frases inmundas y recordó que los Seguín, en compañía de Santerre, estaban allí dentro donde se representaba una pieza tan asquerosa, que la víspera, el público, que no era por cierto mogigato, por poco rompe bancos y butacas. Allí en el lujoso hotel de la avenida Antón, Celeste acababa de acostar a Gastón y Lucía y había bajado a la cocina donde la esperaba la señora Menoux, una vecina. Gastón, que había bebido vino puro, dormía; y Lucía temblaba de miedo, pero

no se atrevía a llamar a Celeste, porque la camarera la maltrataba si le impedía hacer su santa voluntad. Y cuando los Seguín volverían a las dos de la madrugada, después de haber invitado a Santerre a comer una docena de ostras, llegarían excitados por las obscenidades vistas y oídas en el teatro y por la promiscuidad en que habían estado en el restaurant lleno de perdidas, y se acostarían y cometerían esos fraudes libertinos que acaban con el cerebro mejor organizado, que repugnan a la naturaleza y que la mayor parte de las veces sólo se perpetran por el ansia de seguir la moda. Para ellos, procrear era caer en el crimen. Todas las perversiones, todos los espasmos infecundos; pero el hijo ¡jamás! Allí debía aparecer fatalmente el adulterio. Santerre se acostaría solo, esperando que llegara su turno.

Y como corolario de cuanto había visto durante el día, Mateo deducía que los fraudes dominaban a la sociedad entera. Cuantos conocidos tenía, todas las familias que había visitado se negaban a crear nuevas vidas, cometían fraudes conyugales para no tener hijos, los cometían obstinadamente, cada vez que sentían un deseo, movidos por un cálculo de egoísmo o para exacerbar más el placer. En aquel momento veía claramente tres casos de restricción voluntaria, perpetrados en tres esferas sociales distintas y por motivos diferentes. Y aun cuando de antiguo conociera esas monstruosidades, se le aparecían ahora de un modo tan evidente dominando todas las conciencias, que se turbaba y pensaba si era él quien andaba equivocado y solamente los demás comprendían el verdadero fin de la existencia. Se detuvo, aspiró fuertemente, quiso volver a entrar en posesión de sí mismo y sacudir la embriaguez que le dominaba. Había atravesado la plaza de la Opera y estaba en

frente de la calle Drouot. Pensó que acaso el sitio en que se hallaba, aumentaba su fiebre. Los restaurants y cafés estaban abiertos, sus múltiples luces incendiaban el arroyo y los consumidores, sentados en las aceras, barrían el paso a los transeuntes. París entero parecía haberse dado cita allí y la multitud que saboreaba las delicias de la atmósfera primaveral era tan grande, que los cuerpos estaban en continuo contacto unos con otros. Algunas parejas se detenían ante los escaparates deslumbradores de los joyeros. Algunas familias burguesas entraban en los cafés-conciertos donde se ofrecían al público espectáculos naturalistas, de sandeces, de que hablaban los grandes carteles de la puerta. Cientos de mujeres, en fila, recorrían la acera, esperando la llamada de los transeuntes, acometiendo muchas veces a éstos sonrientes y graciosas, murmurando al oído promesas halagadoras.

Los hombres, que iban allí como a una partida de caza, las despreciaban, acechando la mujer honrada, la tendera, la obrera que a lo mejor se entregan, contaminadas por el espectáculo de la universal prostitución. Matrimonios más o menos legítimos, amantes de ocasión, parejas envejecidas juntas, rodaban por el arroyo dentro de los simones descubiertos, el hombre callado, la mujer con expresión soñadora, en busca de la cercana alcoba. Y toda aquella ola humana que circulaba por el boulevard, entre los mil rumores que de sí misma nacían, iba a perderse en el mar oscuro de la noche, en busca de la cama donde llega el sueño después del abrazo sexual. Mateo anduvo de nuevo, arrastrado por la muchedumbre, siguiendo su movimiento e impulso, ganado por la fiebre que sentía arder en todos aquellos cuerpos que rozaban el suyo. Ya no eran solamente los

Beauchêne, los Morange, los Seguin, los que perpetraban fraudes; París entero les imitaba, les imitaría aquella noche. La abstención voluntaria se imponía a la multitud y pasaba de los boulevares a las calles, de éstas a las callejuelas e invadía los ámbitos todos de la urbe inmensa. Desde que aparecían las primeras sombras de la noche, el pavimento de París, caldeado por la empeñada lucha del día, no era otra cosa que el pedregal, que la tierra calcinada sobre los que se deseca la semilla lanzada al azar, sin producir ni la sombra de un fruto. Todo hablaba de aquella infecundidad voluntaria: las prostitutas que pasaban, las caras de los hombres que las seguían, el soplo de alcohol que se escapaba de cafés y restaurants, después de haber domado a todos los hombres, excitado a las mujeres, matado el niño dentro del óvulo. Las pérdidas que arrastraban sus sayas por aquel lugar, despachaban a los hombres en un santiamén, primero éste, después aquél, luego el otro, vaciando sus palanganas, en cuya turbia agua estaba la vida malbaratada, asesinada, que se iba a la cloaca. Todo aquel batallón de mujerzuelas que maniobraban en el boulevard, todas aquellas prostitutas que entraban y salían de los teatros y cafés, toda la carne que se entrega porque se paga, satisfaciéndose a prisa y corriendo en el gabinete elegante o en el zaquizamí asqueroso, era algo así como una cohorte de asesinos, destinada a suprimir la vida, escupiéndola al fango del arroyo. No hay escuela más tremenda de fraudes; la prostitución es la maestra de los asesinatos, la que persigue y destruye los gérmenes como un animal dañino. Y en ese París nocturno, la lección de las prostitutas se aprovechaba. Todos iban en busca del abrazo infecundo: la pareja de refinada cultura intelectual, dominada por las neurosis litera-

rias; la pareja de ricos burgueses, industriales o comerciantes, que llevaban una cuenta corriente de sus noches, procurando que el balance produjera siempre un cero; los matrimonios de la clase media, tenderos y comerciantes de poco fuste, abogados, médicos, ingenieros, que redoblaban sus precauciones a medida que les espoleaba más y más la sed de riquezas y el ansia de la final victoria; hasta la pareja obrera, contaminada por todos esos ejemplos de las clases superiores que practican en «tout á l'égout», atentos sólo al placer. Dentro de unas horas París entero sentiría el temor de procrear. Los maridos no querían hacer hijos; las mujeres no dejaban que se los hicieran. Las mismas amantes, aun entre los más apasionados transportes, vigilaban. Si hubiera sido posible con un solo gesto abrir todas las alcobas y mirarlas con una sola mirada, casi todas se hubiesen hallado infecundas, así las de las buenas gentes como las de los pervertidos, porque en todas ellas pasaba una ráfaga de locura que transformaba los más innobles cálculos en buenos sentimientos, el egoísmo en sabia prudencia, la cobardía en honradez social. Y aquello era París, el París suicida, la ola de gérmenes desviada de su natural empleo, cayendo al arroyo donde nada germina. París, en fin, mal sembrado, no produciendo la grande y sana cosecha que podía dar.

Mateo recordó las palabras de aquel conquistador que, contemplando la llanura cubierta de cadáveres, había dicho que una noche de París bastaba para reparar tamaño desastre. ¿Era, pues, que París no quería rellenar los huecos causados por las balas en la masa humana? En tanto que la paz armada devora millones y millones, Francia pierde cada día una gran batalla negándose a hacer los cien mil hijos que podría hacer. Y

recordó también las camas de los cuárteles sobre la que duermen solitarios, improductivos y corrompidos por el medio ambiente, cuatrocientos mil jóvenes, los más vigorosos, la flor de la raza; en tanto que en sus lechos fríos duermen también solitarias un número todavía mayor de chicas sin dote, esperando el marido que no vendrá o que vendrá demasiado tarde, agotado ya, echado a perder, incapaz de crear una familia numerosa. Sintiendo arder las sienas, Mateo se paró de nuevo y miró a su alrededor.

Había llegado al cruce de Montmartre, a aquel remolino, el más bullicioso y peligroso de los boulevares. La muchedumbre era tan densa que tuvo que aguardar unos momentos para tomar la calle Faubourg-Montmartre, para ir a la estación del Norte. Y fué estrujado, empujado, arrastrado por aquella masa viva y compacta, en aquel bazar o mercado de mujeres que allí se celebra ofreciéndose para la noche de placer estéril. Muchas veces había pensado, pero jamás con la angustia de aquel momento, en la cantidad enorme de semillas que hay que arrojar al viento que pasa, para lograr que germine una. Millares de millones de semillas, de óvulos, circulaban por las venas del mundo; con profusión sin límite; un torrente tan henchido de gérmenes que atravesaba y bañaba toda la materia orgánica. La naturaleza parecía haber previsto que la semilla de los hombres y de las plantas debían desbordar para bastar. Una tempestad barre bancos enteros de huevos de pescado, un vendaval derriba los nidos, anonada toda la puesta de la primavera. A cada paso que da el hombre, aplasta el universo, impide que nazca un pueblo entero de seres infinitamente pequeños. Es un espantoso derroche de existencias no igualado sino por el polvo de la fecundidad que hincha la tie-

rra y los mares, vuela por los aires bajo el calor de vida que irradia el sol. Y toda existencia destruida engendra nuevas vidas hasta lo infinito. Pero únicamente el hombre quiere la destrucción, la medita y la ejecuta con un fin egoísta, para su placer solitario. Tan sólo él procura menguar la creación en provecho propio; trata de reducirla, de detenerla, no limitando su especie sino por el gusto de aumentar sus goces. Si la tempestad arrastra los huevos puestos sobre la arena, si el vendaval derriba nidos que penden de las ramas de un árbol, el hombre es el único sér que voluntariamente aniquila la semilla del hombre, movido por un monstruoso gusto, la voluptuosidad terrible del espasmo del órgano, del cual suprime la función. Esto es un crimen, un delito. Y hay que imaginar la fuerza y la grandeza que engendraría el hecho de aceptar toda la humanidad que pueda nacer, y hacer que poblara los vastos continentes que hoy están casi inhabitados. ¿Es qué alguna vez habrá un exceso de vida? ¿Por acaso ese exceso no produciría otro de poder, de riqueza, de dicha? El globo entero está repleto de ella y siente sus entrañas hinchadas, conmovidas como las de una mujer preñada. La savia corre por todas partes produciendo la vida inacabable, llevando ya dentro de sí, en potencia, los gérmenes de las concepciones futuras. Y esas fuerzas creadoras obran libremente para la dichosa, para la vigorosa expansión humana, y es el amor apasionado de la vida lo que produce el deseo panteísta de conservar y fecundar todos los gérmenes, y que únicamente acepta la muerte porque al cabo no es la muerte sino un renuevo de la vida, una nueva forma de ella; pero vida al fin, vida que por todas partes desborda y crece y se reproduce.

El aire tibio, cargado de efluvios de deseo, que



azotaba su rostro, evocó ante su imaginación el recuerdo de Serafina. Sintió la misma impresión de fuego en los ojos y en los labios que cuando aquella mujer se le había acercado en casa los Morange; sintió el perfume de sus ropas y de su cuerpo. Sin duda, sin saberlo, había conservado aquel perfume su eficacia turbadora, pues, a través de la embriaguez del restaurant, de las confidencias de Beauchéne, de la multitud innumerable que le codeaba al marchar hacia la alcoba estéril, tenía fuerza para evocar la imagen de aquella mujer que sonriente, provocativa, se ofrecía para sacrificar en el altar del amor. Nunca se sintió tan turbado como en aquel momento, y a sí mismo se preguntaba, sin acertar con una respuesta decisiva, quién tenía razón, él o los otros; y crecía su turbación en el seno del París que sólo anhela el placer egoísta. Los Beauchéne, los Seguín, los Morange, ¿tenían quizás razón temiendo a los hijos, corriendo en pos del placer? Todos los hombres les imitaban: la inmensa ciudad quería ser infecunda. No obrar como todo el mundo, puede significar sólo una obstinación pueril. Y ante él se erguía Serafina con sus rojos cabellos, sus brazos perfumados, prometiéndole voluptuosidades desconocidas, sin peligros y sin remordimientos. Luego sintió en el bolsillo los trescientos francos de su mensualidad, y mal de su grado pensó en los piquillos que debía y en lo escaso que era aquel dinero para atender a todas sus necesidades. Y comparó su situación a la de los Beauchéne y de los Seguín, los egoístas que no querían hijos. Vió la fundición que ocupaba un vasto espacio de terreno; a los cientos de obreros que decuplicaban la fortuna del patrón; a éste y a su esposa instalados en su lujosa casa y a Mauricio, el hijo único, creciendo para la soberanía soñada. Vió

asimismo el hotel de la avenida Antón, con su gran salón cuajado de preciosidades y de riquezas, todo aquel refinamiento, aquel tren de casa opulenta que puede permitirse todos los caprichos sin que el capital disminuya. Y consideró su propia situación; se vió con las manos vacías, no teniendo ni un palmo de terreno, no debiendo tener más en lo porvenir, ni talleres de fundición, ni lujoso palacio. El era el imprudente y los otros los avisados; él, desordenado en la pobreza, imprevisor, agravando su miseria a fuerza de tener hijos, como si se hubiese propuesto morir hecho un miserable; los otros dos, que podían permitirse el lujo de tener una familia numerosa, no haciéndolo movidos por una previsión superior, desconfiando de la vida, no queriendo dejar detrás de sí más que gente dichosa. Evidentemente esos debían tener razón, él no era sino un hombre digno de menosprecio, ya que había sido víctima, durante tanto tiempo, de una imbecilidad sin ejemplo. La imagen de Serafina apareció de nuevo, más provocativa que nunca. Con ella se atrevería a los fraudes, sería prudente. Sintió un estremecimiento al advertir la luz que se escapaba de la estación del Norte. A lo lejos veía a Mariana, veía nacer un nuevo hijo del abrazo inevitable que seguiría a tales visiones. Un hijo más, la locura sin freno, el quinto, la miseria crecida. Ya que tenía cuatro, que Boutan mismo había dicho:—«¡Ea! Ya habéis cumplido», ¿por qué obstinarse en el error? ¿Por qué no imitar esta noche a Beauchéne? En tanto que su esposa le aguardaba tranquilamente, él estaba con Norina, con la muchacha que cuidaría de no darle un hijo. La religión del placer era la única buena. Y Serafina parecía la encarnación de aquella ciudad inflamada, lanzándose a su noche infecunda, adorando el placer por el placer,

sacudida por el espasmo anormal y agudísimo, que mata al hijo. Entonces no vaciló más; volvió hacia los boulevares; sentía un deseo invencible de aquella mujer. Su carne ardía pensando en los fraudes diabólicos que producían una voluptuosidad jamás sentida. Se levantaba de las brumas que envolvía su razón, como una maga magnífica, que sabía los secretos del placer intenso, vertiendo a los hombres la demencia que palpitaba en su roja cabellera, en sus labios más rojos, en su cuerpo de diosa, cuyo perfume le embriagaba.

Y aquella mujer le esperaba, y, para poseerla, bastaba que llamara al hotel de la calle Marignan, suntuoso, discreto y tibio, como una gran alcoba. Bruscamente recordó aquel salón en que no había ventana alguna aparente, tapizado por doble alfombra, espléndidamente iluminado, así de día como de noche, por diez bujías perfumadas. Fué un vértigo más, una nueva oleada de calor que precipitó su paso. Recordó luego las veces que la había poseído en otro tiempo y ese recuerdo de incitantes lujurias exasperó su deseo, queriendo convertir las lejanas memorias en realidades. Y, al propio tiempo que andaba, forjaba en su imaginación la mentira que contaría al día siguiente a Mariana: le diría que a causa de la comida de Beauchéne, habíasele escapado el tren. Detúvose un momento para dejar pasar un río de coches que le impedían el paso. Vió que estaba otra vez en los boulevares. A su alrededor continuaba el desfile de la muchedumbre, ansiosa del placer que esperaba encontrar en la cama. Sus sienes latían fuertemente y en sus oídos resonaban palabras, y en su cerebro surgían pensamientos que se resumían en el deseo de hacer como los demás; cometer fraudes, gozar, gozar sin descanso y no tener hijos. Pero, de repente, sintió un descorazon

amiento extraño. Su embarazo, su turbación crecían por momentos, y, en aquella hiteria de coches que privaban el paso, creyó ver un obstáculo que se oponía a su deseo. Una nueva imagen apareció: era la de Mariana, sonriente y confiada, cuya ternura le esperaba allá abajo, entre la paz y el silencio augusto de los campos. ¿Por qué no podrían ser prudentes los dos, durmiendo sin deseos, evitando ese quinto hijo que produciría la ruina? Juróse a sí mismo no tener más hijos y corrió aceleradamente, temiendo que le escapara el tren. No quería ver de nuevo el París inflamado, desbordante de gente. Llegó a tiempo para subir a un vagón e hizo el trayecto asomado a la ventanilla, dando la cara al viento fresco de la noche, como para lavarse de un mal deseo, que ardía aún en sus venas.

V

En el cielo sin luna centelleaban las estrellas, tan brillantes y puras que la vista abrazaba una gran extensión bañada por una atmósfera luminosa y azulada. Desde las once y cuarto Mariana estaba en el puentecillo de la Yeuse, a mitad del camino entre Chautebled y Jonville. Los niños dormían y los había dejado al cuidado de Zoé, la sirvienta, que hacía media junto a una lámpara cuya luz brillaba a lo lejos, como una chispa, sobre el fondo oscuro del bosque. Todas las tardes Mariana esperaba allí a Mateo cuando éste llegaba en el tren de las siete. A veces la acompañaban los dos gemelos, los mayorcitos de sus hijos,